

DIA DOCE.

SANTA CLARA, VIRGEN.

Santa Clara, tan célebre en toda la Iglesia por su eminente santidad y por el prodigioso número de santas hijas que la reconocen por su digna madre, fué de la ciudad de Asis, en Umbría, patria del glorioso padre san Francisco. Nació el año de 1193, y fué su padre Favorino Sciffo, en quien se conservaba toda la varonia de las dos ilustres casas de Sciffi y de Fiumi, ambas de las mas nobles, de las mas distinguidas del pais, no solo por sus opulentos bienes, sino por los elevados empleos que sus gloriosos progenitores habian obtenido en la milicia, mandando los ejércitos con tanto honor como reputacion. Su madre se llamaba Hortulana, aun mas respetada por su noble nacimiento; siendo tanta su devocion, que emprendió las peregrinaciones del santo sepulcro en Jerusalem, de san Miguel en el monte Gargano y de san Pedro en Roma. Asegúrase por cierto que, durante su preñado, encomendando á Dios el fruto que traía en su vientre, oyó una voz que le dijo, daría á luz una antorcha que iluminaria toda la tierra; y que, en atencion á este vaticinio, puso á su hija el nombre de Clara.

Verificóse presto el tiempo; porque, prevenida Clara de la gracia de Jesucristo desde la misma cuna, dió á conocer por lo que ya era, lo que con el tiempo habia de ser. No hubo niña que menos lo pareciese. Anticipóse la devocion á la edad y al conocimiento; sus entretenimientos y sus juegos eran la

T. 8.

P. 248.



STA CLARA

DE MONTE-FALCO, V.

oracion; siempre se hallaba de rodillas en su cuarto; y á falta de rosario iba contando por un monton de piedrezuelas los Padres nuestros y Ave Marias que rezaba. Desde que nació, profesó una tierna devccion á la Reina de las virgenes, y por consiguiente un extremo amor á la pureza. Esta fué en parte su carácter. La caridad que tenia con los pobres la empeñaba muchas veces, á pesar de sus pocos años, en algunos excesos, reservando siempre la mayor parte de lo que le daban para repartirlo entre los necesitados.

Crecia su virtud con la edad; y su aversion á todo lo que sonaba á mundo, crecia con su virtud. Nunca fueron de su gusto las galas, los juegos ni las diversiones del mundo; toda su inclinacion era al retiro. Pero obligada á vestirse como las otras damas de su calidad, las joyas y los adornos mujeriles eran para ella un verdadero tormento, conociéndose desde luego lo mucho que esto la mortificaba. Era muy celebrada por su hermosura, pero mucho mas por su modestia. Proponiansela á si mismas por modelo las religiosas mas ajustadas, y las gentes del mundo la respetaban por un prodigio de virtud. Continuamente llevaba un áspero cilicio debajo de sus ricos vestidos, y aunque á su virtuosa madre le daba mucho gusto el verla tan devota, con todo eso, se quejaba perpetuamente de los excesos de su mortificacion. Y á la verdad, Clara no pensaba mas que en macerar su cuerpo en una edad que solo inspira la delicadeza y el regalo. Sus delicias eran ayunar, orar y entregarse á las mas rigurosas penitencias. Experimentó su virtud cierto nuevo y visible aumento, oyendo referir la admirable vida que hacia san Francisco en su conventito de la Porciúncula. Determinó verle, y comunicar con él los medios de que se podria valer para consagrarse á Dios con una vida mas perfecta.

Ya el siervo de Dios tenia muchas noticias de nuestra santa por la fama de su eminente santidad. Fué Clara en busca suya, acompañada de otra doncella virtuosa de toda su confianza; y prendada de la humildad, de la dulzura y de la virtud del santo, le comunicó sus deseos de entablar una vida de mayor perfeccion. Ya habia revelado Dios á san Francisco los altos fines á que tenia destinada aquella grande alma; y así, descubrió muy presto aquel inestimable fondo de pureza, aquel amor de Dios y aquel desasimiento de todas las cosas de la tierra, que admiraba al mismo cielo, con que el Señor la habia enriquecido para su mayor gloria. Confirmóla en la resolución de consagrar con voto su virginidad á Jesucristo, y de abandonar todo por su amor, declarándole que el Señor la llamaba á la mas elevada perfeccion, por un camino enteramente parecido al que le habia señalado á él.

Antes de tomar la santa algun partido, volvia de cuando en cuando á la Porciúncula á tratar con el seráfico padre; y este poco á poco le fué comunicando su espíritu; inspirándole el pensamiento de hacer para las personas de su sexo lo mismo que él habia comenzado ya en beneficio de los hombres. Dispusieron el plan entre los dos durante la cuaresma del año de 1212; y escogieron el día 18 de marzo, que era domingo de Ramos, para la ejecucion de tan gloriosa empresa. Este dia se dejó ver la santa en la catedral, adornada con las mas preciosas galas que tenia, como si fuese á cumplir con el precepto de la Iglesia. Acudieron todos los demás á recibir los ramos, y sola Clara se mantuvo en su sitio por modestia. Bajó entonces el obispo del altar y encaminándose adonde estaba la santa, le entregó una palma, como presagio de la gloriosa victoria que aquel dia habia de conseguir del mundo. Por la tarde pasó á la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, llamada la Porciún-

cula. Recibióla san Francisco, acompañado de sus frailes, todos con velas en las manos y cantando salmos. Despues de una breve oracion, hizo Clara que le cortasen el cabello; y recibiendo el hábito de penitencia al pié del altar, pasó á una casa vecina, donde se desnudó de su galas y se vistió de un grosero saco, ceñido con una cuerda. Condújola despues san Francisco á la iglesia de San Pablo, y la entregó en manos de las religiosas benedictinas.

Sorprendió esta accion á toda la ciudad; y como Clara no contaba á la sazón mas que diez y ocho años, se calificó esta resolución de lijereza, ó por un rasgo inconsiderado de la juventud. Sobre todo, se mostraron muy irritados sus padres y sus parientes, pareciéndoles que aquella determinacion manchaba el honor de toda la familia. Practicaron todos los medios que pudieron para obligarla á desistir de ella, sin perdonar los esfuerzos de la violencia para arrancarla de su asilo; pero nada bastó para doblar su constancia, porque, asiendo fuertemente el altar con una mano, y mostrando en la otra sus cabellos cortados á los que intentaban sacarla del monasterio: *Sabed*, les dijo, *que jamás tendré otro esposo que Jesucristo, ni vestiré otro traje que este hábito y sayal de penitencia.* A vista de tan resuelta determinacion, se despidieron los enemigos de su reposo. Con todo eso, le pareció á san Francisco que estaria mas segura en el monasterio de San Angel de Panso, que era de la misma religion de san Benito.

Aun no habia estado quince dias en él, cuando Inés, hermana menor de la santa, vino en busca suya para servir á Dios con el mismo hábito y vivir en su compañía el resto de sus dias. Esto irritó mucho mas á toda la parentela. Acudieron al convento doce de sus deudos para sacarla por fuerza, y despues de otros muchos desórdenes que cometieron, la arrancaron

con violencia de entre los mismos brazos de su hermana. Hiciéronle pedazos el hábito, arrastráronla, acoceáronla, llenáronla de injurias; pero ella protestaba que no dejaría de ser monja, aunque la matasen. Como Clara no podía resistir á la fuerza, recurrió á Dios; y despues de una breve, pero fervorosa oracion, sale del convento; corre tras de su hermana; y con un prodigio, que tuvo por testigos á todos los parientes, la hizo inmóvil. En vano llamaron por socorro para moverla, aunque fuese arrastrándola; no fué posible menearla. Aturdiólos la maravilla; y viendo que el cielo se interesaba en el negocio, avergonzados de haber hecho inútilmente tantos esfuerzos, la dejaron en las manos de Clara, que la restituyó como en triunfo al monasterio.

Publicóse este portentoso suceso, y á vista de él abrieron los ojos todos los que los tenían tan cerrados. Hizo san Francisco reparar la iglesia de San Damian, que se iba arruinando; y habiendo comprado la casa que estaba contigua á la misma iglesia, trajo á ella á sus dos hijas. En esta iglesia tuvo principio la célebre orden de religiosas franciscas, así como le había tenido el de los religiosos en la iglesia de la Porciúncula; y tal fué el nacimiento de aquella ilustre religion de vírgenes seráficas, que en estos últimos tiempos en que iba desmayando tanto la virtud cristiana, resucitó aquellos milagros de penitencia, de fervor, de inocencia y de santidad, que son la admiracion del universo; haciendo reflorcer la preciosa flor de la virginidad, que parecia haber marchitado el tiempo. Aprobóla luego el papa Inocencio III, en el mismo año de 1212; y en el siguiente la confirmó su sucesor Honorio, asimismo III, comenzándose desde luego á llamar la religion de las clarisas, del nombre de su fundadora santa Clara, la cual tuvo el consuelo de ver aumentarse inmediatamente su pequeño rebaño. Su misma madre Hortu-

ana y Beatriz, la menor de sus hermanas, quisieron ser del número de sus hijas. Otras doce jóvenes señoras abrazaron el nuevo instituto, que, además del ejercicio de todas las virtudes, hace profesion de un total desasimiento y de una extrema pobreza. Todas hicieron los tres votos en manos de san Francisco; y todas á una voz eligieron por madre y superiora suya á santa Clara. Obedeció; pero considerándose siempre por su humildad la infima de todas, se le hacia insostenible la carga. Hizo increíbles esfuerzos para que la librasen del empleo. Representó que, creciendo cada dia el número de las monjas, no eran suficientes sus fuerzas ni su capacidad para el gobierno de tantas, y que no faltaban religiosas en el convento muy capaces y muy dignas de aquel empleo. Pero á san Francisco le hicieron mas fuerza las razones de todas las demás que las suyas; y por parecer de todas, la confirmó en el oficio de superiora, dándole el nombre de abadesa, á pesar de su repugnancia.

Consideró Clara la dignidad de su cargo como nuevo título ú obligacion de ser mas humilde, mas pobre, mas mortificada y mas fervorosa que todas las hermanas. No solo las servia en el refectorio, en la enfermeria y en todo lo demás; sino que se valia de su autoridad de superiora para dejar á las otras los oficios mas fáciles y menos repugnantes, cargando ella sola con los mas penosos, mas bajos y mas contrarios á la misma naturaleza. Su virtud favorecida era la santa pobreza. Dió de esto buenas pruebas desde el principio de su conversion, distribuyendo entre los pobres todos los bienes que heredó por muerte de su padre, sin aplicar á sí ni á su convento un solo maravedí. No solo no consintió jamás que sus conventos tuviesen fondos ni rentas, sino que severamente prohibió se hiciesen en ellos grandes provisiones, queriendo que dependiesen de la caridad de los fieles. No

gustaba de que los frailes que salian á pedir limosna para el convento trajesen panes enteros, sino los menudrugos y regojos que sobraban á los que la daban. Escogió el título de *Pobre*, como el mas honorífico para su comunidad; y en efecto, su religion se intituló *la religion de las señoras pobres*. El papa Gregorio IX, que la veneraba mucho, y desde el principio de su pontificado se habia encomendado á sus oraciones, deseó que admitiese rentas y aun se las ofreció para asegurar la subsistencia de sus monasterios; pero le hizo tantas instancias, y le alegó tantas razones para que en nada alterase el primitivo espíritu de su instituto, que su Santidad desistió del intento y alabó su grande confianza en la divina Providencia. Mostró Dios cuanto le agradaba esta confianza y este heróico espíritu de pobreza. En una ocasion no habia en el convento mas que un pan, y ese muy pequeño: llegó la hora de comer, y la santa ordenó á la despensera que enviase medio pan á los frailes que la servian, y del otro medio hiciese cincuenta porciones para otras tantas monjas que habia en la comunidad. Obedeció la despensera, y el pan se multiplicó tan milagrosamente, que bastó para que todas las religiosas quedasen satisfechas. Otros muchos prodigios obró el Señor para manifestar cuánto velaba sobre sus necesidades; de manera que con mucha razon fueron las clarisas llamadas por mucho tiempo *las monjas de la Providencia*.

Siendo este total desasimiento de las cosas del mundo objeto digno de la admiracion universal, no se tenia por menos milagro su asombrosa penitencia. Fuera de la exacta observancia de las reglas comunes á las demás, como andar siempre con los piés descalzos sin zoclos ni sandalias; dormir sobre la dura tierra; ayunar todo el año, y muchos dias á pan y agua; y no ver, ni ser vista de persona alguna de

fuera; hacia otras penitencias tan extraordinarias, que apenas se pueden referir sin riesgo de no ser creidas. Tenia dos cilicios de que usaba alternativamente, uno de crines que traia á raiz de las carnes, ceñido con una cuerda de trece nudos; otro era una piel de puerco, cortadas las cerdas muy por abajo; cuyas puntas se le metian por la carne, haciéndole padecer un continuo y penosísimo martirio. Las dos cuaresmas de la Iglesia y de san Martin, que acaba el dia de Navidad, las ayunaba todas á pan y agua, menos los lunes, los miércoles y los viernes que nada comia absolutamente. Por muchos años no usó otra cama ni otro abrigo en ella que la desnuda tierra, con un manojo de sarmientos por cabecera. Este fué su lecho hasta pocos años antes de su muerte, en que por expreso precepto del obispo de Asis y de san Francisco se acostó encima de un poco de paja.

Pero estas excesivas penitencias no carecian á la verdad de muchos consuelos. Favorecida de un sublime don de contemplacion, gozaba frecuentes comunicaciones con su Dios, que le daba anticipadamente á gustar en la tierra aquellas dulzuras espirituales, que son como la prueba de las delicias del cielo. Su oracion era siempre fervorosa, y rara vez sin derramar en ella copiosas lágrimas, salia de ella toda abrasada en las llamas del divino amor; y sus palabras todas eran fuego, acompañadas de un atractivo tan eficaz, que se hacia dueña de todos los corazones. Apenas le daban otro nombre, que *el de la enamorada de Jesucristo*. *Vivo yo*, repetia muchas veces al dia, *mas no soy yo la que vivo; Jesucristo vive en esta indigna sierva suya*. La devocion que profesaba á la Madre, correspondia en todo á la ternura con que amaba al Hijo. No se vió jamás devocion mas afectosa ni mas encendida con la santísima Virgen.

Al fin, sus excesivas penitencias le arruinaron la

salud; pero nunca le debilitaron el fervor. No pudiendo ya mantenerse sobre sus piés, se hacia llevar delante del Santísimo Sacramento; y luego que se ponía en su presencia, era arrebatada en éxtasis. Estando tan impedida, que solo tenía libres las manos, trabajaba para la iglesia, hilando la tela para los corporales; y no obstante su extremo amor á la pobreza, quería que todo lo que habia de servir al culto divino fuese precioso, magnífico y exquisito.

Habiendo declarado la guerra á la silla apostólica, el emperador Federico II asolaba con su ejército, lleno de sarracenos, el estado eclesiástico. Fué sitiada la ciudad de Asís, y como el convento estaba inmediato á las murallas, iban ya á forzarle los infieles. Llena entonces la santa de una vivísima confianza, se hizo llevar á la portería con el Santísimo Sacramento, dentro de una cajita de plata, cerrada en otra de marfil. Postrada allí con todas sus hijas delante de Jesucristo, exclamó: *Señor, ¿quereis entregar en manos de los infieles estas pobres siervas vuestras, que no tienen otro socorro que vos, y que colocan en vos toda su confianza?* Apenas pronunció estas palabras, cuando se oyó una voz que salía como de lo interior del copon ó de la caja, y le dijo: *No temas, hija mia, yo os guardaré y os libraré siempre de todo insulto.* En el mismo punto, atemorizados los soldados, se precipitaron del muro que ya habian escalado, y los enemigos levantaron el sitio.

Un año antes de su muerte, el cardenal de Ostia, que despues fue papa con nombre de Alejandro IV, noticioso de la extremada debilidad á que la habian reducido las enfermedades, hizo un viaje desde Perusa á Asís solo por verla. Despues de una larga conversacion, en la cual formó mucho mayor concepto de su eminente santidad, pareciéndole que estaba ya en el último peligro, quiso administrarle por sí mismo

el santo viático. Luego que le recibió, el mismo aumento de fervor que en semejante ocasion resplandece siempre en todos los santos, la hizo cobrar nuevas fuerzas. El año siguiente, volviendo de Francia á Italia el papa Inocencio IV, quiso visitar á la santa antes de restituirse á Roma. Pasó por Asís con gran número de cardenales; y al llegar á la ciudad, supo que santa Clara acababa de recibir el viático, administrado por el provincial de los padres menores. Entró en el convento con cuatro cardenales y su Santidad le alargó la mano para que se la besase; pero la santa quiso absolutamente besarle los piés, y fué preciso darle este piadoso gusto. Pidió despues humildemente la absolucion de sus pecados, mostrando con sus palabras y con sus lágrimas que verdaderamente se tenia por la mayor pecadora que habia sobre la tierra. Dióle el papa la bendicion apostólica, y le concedió una indulgencia plenaria en remision de sus pecados; diciendo, al retirarse, que el mundo iba á perder una de las mayores santas que se habian visto en la Iglesia.

Quiso Clara hacer su testamento, á imitacion de su padre san Francisco, no ya para dejar á sus hijas espirituales los bienes temporales que tan de antemano habia renunciado, sino aquel espíritu de la mas perfecta pobreza que deseaba perpetuar en su religiosa posteridad, como herencia propia de su orden. Hablándole su confesor, que se llamaba fray Reginaldo, sobre el mérito y sobre las utilidades de la virtud de la paciencia: *¡O mi padre,* dijo la santa, *desde que Dios me hizo la gracia de que me consagrarse toda á su servicio, ningun trabajo se me ha hecho penoso, ninguna penitencia difícil, ninguna enfermedad desagradable. ¡Ay padre mio (añadió), y qué cosa tan dulce es padecer por amor de Jesucristo!* Su agonía fué propiamente un acceso mas violento del divino amor, y en ella se ase-

gura que se le apareció nuestro Señor, acompañado de un gran número de vírgenes que la convidaban á que fuese á celebrar sus bodas con el Esposo celestial; y en el mismo dichoso momento entró en el gozo del Señor el día 11 de agosto de 1253, casi á los 60 años de su edad, habiendo pasado los cuarenta y dos en la vida religiosa.

Luego que se divulgó la noticia de su muerte, concurrió al monasterio toda la ciudad; y el papa mismo, que ya habia partido, volvió á ella con todos los cardenales para asistir á su entierro. Comenzaban los religiosos de san Francisco á cantar el oficio de difuntos de cuerpo presente cuando el papa les envió á decir que antes bien debían cantar el oficio de las santas vírgenes; pero el cardenal de Ostia representó á su Santidad que no era razon precipitar las cosas en un negocio de tanta importancia; y que, no obstante de ser tantas y tan visibles las muestras de la santidad de aquella virtuosa vírgen, siempre seria preciso hacer informaciones jurídicas de la heroicidad de sus virtudes y de la verdad de sus milagros, antes de decretarle el culto y los honores de santa. El mismo cardenal pronunció la oracion fúnebre, y el cuerpo de la santa fué conducido, como en triunfo, al convento de la iglesia de San Gregorio, adonde tambien habia sido trasladado el del seráfico padre san Francisco, por considerarse menos expuesta á las excursiones de los enemigos, que la de San Damian. Luego se hizo célebre y glorioso su sepulero por una multitud prodigiosa de milagros; y elevado el año siguiente á la silla apostólica el cardenal de Ostia, con el nombre de Alejandro IV, la canonizó con grande solemnidad dos años despues de su muerte, señalando su fiesta, no en el día 11 de agosto en que sucedió, sino en el día 12, en que el mismo papa habia pronunciado su oracion fúnebre. Cinco años despues fué levantado

el santo cuerpo para ser trasladado á otra iglesia que se habia edificado en su honor y con la advocacion de su nombre; haciéndose esta traslacion en presencia del papa Clemente IV, que habia sucedido á Urbano IV sucesor inmediato de Alejandro.

En vida de la santa se habia extendido su orden por Italia, Francia y Flandes, sin que ella se moviese de su convento de San Damian, contentándose con enviar algunas hijas suyas para fundar los conventos de su santa regla. Esta sagrada orden, tan recomendable por la perfeccion de su instituto, como respetable por el resplandor de las virtudes evangélicas que edifican á toda la Iglesia, se ha dividido despues en muchas y diferentes ramas.

Las que se mantuvieron siempre en el primitivo espíritu del instituto, ó abrazaron despues la reforma de santa Coleta, conservan el antiguo nombre de clarisas ó de señoras pobres de santa Clara. Las que dos años despues de la muerte de nuestra santa admitieron la dispensa del papa Urbano para poder poseer rentas, se llaman urbanistas. Aquellas que añadieron á los estatutos algunos reglamentos particulares, se dicen capuchinas, otras de la Anunciada, otras del Ave Maria, otras de la Concepcion, otras recoletas. Todas estas ramas, unidas á su tronco, componen mas de cuatro mil conventos, y en ellos cerca de cien mil religiosas.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Asis, en Umbria, santa Clara, vírgen, primera religiosa de las Sores de Frailes Menores, que, siendo célebre por su vida y milagros, fué puesta en el número de las santas vírgenes por el papa Alejandro IV.

En Catana en Sicilia, la fiesta de Euplo, diácono, del tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano,

el cual, habiendo sido atormentado larguísimo tiempo por la confesion del Señor, recibió al fin la corona del martirio por medio de la degollacion.

En Ausburgo, santa Hilaria, madre de santa Afra, mártir, que, velando junto al sepulcro de esta, fué entregada al fuego en el mismo lugar, por la fe de Jesucristo, con sus criadas Digna, Euprepia y Eunomia.

En dicha ciudad y en el mismo dia, fueron tambien martirizados san Quiriaco, san Largio, san Crescencio, santa Ninga, santa Juliana y otros veinte.

En Siria, san Macario y san Julian, mártires.

En Nicomedia, san Aniceto, conde, y su hermano san Potino, mártires con otros muchos, bajo el emperador Diocleciano.

En Falerio en Toscana, el suplicio de san Graciliano y de santa Felicísima, virgen, á quienes machucaron primero las quijadas con piedras por la confesion de Jesucristo, y luego les cortaron la cabeza, alcanzando así la corona tan ansiada del martirio.

En el mismo dia, san Porcario, abad del monasterio de Lerins, y quinientos monjes inmolados por los bárbaros en odio de la fe católica; alcanzando así la corona del martirio por que tanto suspiraban.

En Milan, la muerte de san Eusebio, obispo y confesor.

En Bresa, san Herculano, obispo.

En Verno, cerca de Melun, los santos mártires Felix y Felicísimo.

En Remiremont, la bienaventurada Cecilia, abadesa.

En el monte llamado Santa Valburga, cerca de Colonia, la venerable Udevolta, virgen, del orden Cisterciense.

Entre los Griegos, los santos mártires Pámfilo y

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente:

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut, sicut de beata Clara virginis tue festivitate gaudemus, ita pie devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum....

Oyenos, Señor y Salvador nuestro; y haz que la alegría que sentimos en la festividad de tu bienaventurada virgen santa Clara, sea acompañada de los afectos de una verdadera devocion. Por nuestro Señor Jesucristo....

La epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios.

Prates. Qui gloriatur, in Domino gloriatur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiae meae, sed et supportate me: Emulor enim vos Dei emulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloria, gloriase en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino aquel á quien Dios alaba. Ojalá sufriéreis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo, por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta virgen á un solo hombre, á Cristo

NOTA.

«Habiendo entendido san Pablo, por relacion de Tito, su amado discípulo, que algunos falsos apóstoles, venidos entre los judíos, procuraban desacreditarle en Corinto, para deshacer todo lo bueno que habia hecho en aquella ciudad, se consideró obligado á volver por sí y hacer su apologia en esta segunda epístola. Pinta lo que son aquellos falsos doctores, y